

Tranquilizaos, pues, los que optéis por el sacrificio: puede haber calvarios en todos los caminos; hay cruces sobre todas las cumbres.

En compensación, para tan altos deberes, no era posible que os hiciera falta una cooperación suficiente; y con efecto, la justicia y la prudencia social han empezado ya a prepararos, con la educación de la mujer, un auxiliar poderoso. La mujer, educada, traerá a vuestra obra de civilización su espíritu, que nada tiene que envidiar al de vosotros, y su sentimiento, que sí tiene mucho con qué mejorar el vuestro.

Los otros maestros hallan todos, o pueden hallar, un término en la enseñanza que dan; como que es en definitiva la propia razón, dueña de los hechos por la experiencia y de las leyes de los hechos por el examen, la que pone en posesión de la ciencia verdadera, la cual dista mucho, vosotros lo comprendéis, de la noción escolástica de los libros. Los otros maestros tienen su término en la enseñanza; mas no así la mujer, que jamás abandona el magisterio del bien.

Ahora permitidme, para concluir, dos palabras. La una es el justo aplauso a vuestros directores y maestros, que mantienen entre vosotros el orden, no como esclavitud, sino como armonía; que os preconizan la

ciencia, no como poder, sino como verdad; y que os enseñan amar la libertad, no como belleza, sino como justicia. Y la otra, que es la siguiente, de recomendación a vosotros mismos.

La Universidad necesita, para seguir representando la unidad del país, del apoyo de los Estados y de la simpatía de los ciudadanos; apoyo y simpatía que la ley ha podido darle al nacer, pero que sólo vosotros podréis consolidar, reflejando sobre ella la luz de una vida privada llena toda de honor, y la de una vida pública toda llena de patriotismo.

¡Sea por tanto vuestro saludo, al reuniros en sus claustros sagrados, mientras ellos os sirvan de hogar; y sea vuestra despedida, cuando ya os separéis a los cuatro vientos de la República, esta advertencia recíproca: hijos de la Universidad, nuestra propia conducta será la medida y la razón de la vida de nuestra madre común!

### Santiago Pérez

En las ediciones del CONVIVIO hay un cuaderno de Artículos y Discursos del Dr. Santiago Pérez. Se vende a \$0.50.

## Satán

*Toda la vida es amor:  
el mal es el enigma.*

Valle-Inclán

Desde el infinito instante en que *Aquel* cuyo nombre debió de pronunciarse en cuatro letras—según el verso áureo de Pitágoras—hizo mundos y esferas, Satán ya ofrendaba, como los querubines, su monótona alabanza al Creador. Como ellos, su satisfacción era entera: sus voces y el són de su cítara virtuosa subían hasta Dios “el Magnífico”, “el Omnisapiente” y “el Justo”, como una nota de campana sin eco en el abismo infinito e invariable del tiempo. Era feliz como los peces estúpidos y vagabundos de las aguas. Pero no siempre fue así: llegó momento en que Dios, para mirarse en su obra, regó el haz de la tierra y formó el hombre con alma “racional”. Fue un segundo terrible: Satán se contrariaba con ansiedad de martirio; ya había recorrido el sendero de las prevaricaciones y veía cómo el hombre (potencialmente divino por la Voluntad Suprema) hacía su liberación, poco a poco, del lodo caótico de que estaba formado. La Naturaleza le impuso, al criarlo, una voluntad que lo exaltase y una imaginación que lo llenase de fantasías y de ensueños, y Satán miraba cómo, en opuesta realidad, aquél tenía las preocupaciones del avance, del crecimiento y del constante esfuerzo. Y eso clavaba en su frente la espina filosa de una incompreensión. Fue así como, un día de tantos (de exagerada extensión en el principio del mundo) vino a su mente el inmenso desastre de su vida anterior. Jehová lo había castigado sin tasa, y su justicia había sido tan recia, que no fue capaz de absolverlo con el dulce “perdón” que para el mundo pregonara siglos más tarde un judío bueno y enjuto de Nazareth. Recordó otrã vez su caída; su enorme caída de ángel culpable,—de planeta en planeta, de abismo en abismo, de peñón en peñón. Y memoró, cómo fue el réprobo, el excomulgado de Dios y de las Leyes!... Pero ocurrió que la necesidad y el deseo movieron a los hombres el contraste sublime de una rebeldía como la suya, y de esa manera, sobre el espíritu de cada ser inconforme se alzaron—en la noche de sus desengaños—dos alas inmensas de condenado. El hombre sintió el motivo punzante de una novedad y Satán pudo admirar, de un modo distinto, el paisaje sin eco de las regiones celestes. Alguna vez—*malgré* su miseria presente— fue adorado en las fiestas de los jóvenes y fue alabado como a Dios mismo. El Sublime Arquitecto le concedió el atractivo de las cosas grandiosas, y en Inglaterra, un ciego—por las trazas un poeta—vino a cantar su caída en versos libres y prosaicos. El estro latino de un vate alemán lo ponderó ante el mundo como si fuera una fuerza intermedia eficiente, y de esa

forma fue entonces feliz. Sintió otra vez el gozo especial de llamarse “Hijo Luminoso de la Mañana”, “Portador de la Luz”, “Luz Astral”, como en sus días de gloria pasada. Se conceptuó, después de Dios, el más ponderado de los Seres. Y era cierto! Los hombres, al recordarlo, sentían el calofrío siniestro del miedo. Entonces, físicamente, lo vistieron de frac: lo declararon alto, “ascéticamente flaco”, de nariz aguileña (al fin, judío), de barba pequeña y angulosa y de ensortijado pelo en la frente. En el orden moral, lo vieron como el espíritu de negación,—mordaz, crítico, tentador. Y así, Satán el abyecto, llegó a ser necesario en la redención de los hombres. Y qué! De antes, ¿no había sido? Sus falsedades (las falsedades del corazón y las íntimas falsedades de la inteligencia) ¿no contribuyeron en algo a la afirmación definitiva de las cosas? El panteísmo de Goethe lo ponderaba así. En acto propio del poeta lo conminaron como si

fuera una fuerza distinta de los hombres: entre Fausto que representaba la Inteligencia y Margarita que simbolizaba el Amor; —y accionó en la efímera actitud del que debía ser vencido por el “femenino eterno” de una dulce mujer.

Han pasado los tiempos y el juicio de los hombres (soñando) ha venido a situar el Edén sobre la tierra. El primitivo Satán, el Angel de la Muerte, ha cambiado su significación, si no su esencia: como a Jehová se le llama el “Adversario”, y el “Agente provocador”, Caín mismo,—hijo de Eva y de Samael... Pero qué!, sueñen o piensen los hombres, al recordarlo, todos ven como Helena: que *no hay Demonio alguno*; que *no hay Mal fuera de la humanidad que produzca un demonio*: que el mal es una necesidad y uno de los sostenes del Mundo manifestado; es una necesidad para el progreso y la evolución,—del mismo modo que la noche es necesaria para la producción del día y la muerte para la de la vida—*para que el hombre pueda vivir por siempre*. Y es que sólo así puedes tener—oh Satán! naturaleza...; amplio y vasto reinado universal!

Victor M. Cañas

Limón, agosto de 1929.

(Envío del autor)

## Nuestros amigos

(Colaboración inédita)

Me invitaron al *lunch* cierto día en Nueva York, en las oficinas de *The Nation*. En el semanario tenía yo algunos amigos personales, amigos de mi época de Ministerio, amigos a quienes entonces parecía muy bien todo lo que yo hacía, pero que apenas dejé el Ministerio empezaron a encontrarme diferente. Se me anunció que en la comida tendría yo ocasión de explicar a todos los redactores de *The Nation* y al propietario del periódico mi propio punto de vista sobre la situación mexicana. Por eso acepté la modesta comida en la intimidad—comidas con agua helada que, por lo que hace a cocina son inferiores a las de un albañil de cualquier nación latina. Pero la compañía comenzó siendo agradable y desde luego, distinguida, importante. El propietario millonario y de abolengo liberal, trataba a todos con la gentileza del gran señor. Los redactores, corresponsales, entre ellos había una dama, eran todos hombres ilustrados, viajados. No hablaban otro idioma que el inglés, pero al fin, eso es propio de las razas do-

minadoras, no ocuparse del idioma de los pueblos sometidos, y yo, ya bien quisiera darme el lujo de no hablar otra cosa que mi español. La comida empezó tranquila, cordial; se hicieron referencias gratas a las numerosas veces que *The Nation* se había ocupado con encomio de los trabajos que me tocó dirigir en Educación Pública, en mi patria. Todo esto era, sin embargo, preámbulo; lo que a unos y a otros interesaba,—y estaba presente también un espía del gobierno mexicano—, lo que interesaba era llegar al instante de entonces, a mis críticas violentas contra la administración de Calles. ¿Pero, cómo, si era su colega en el Ministerio? ¿Pero, acaso, no está continuando su propia política en Educación Pública? ¿Por qué no mejor regresa usted a México a colaborar con sus antiguos amigos? Yo no había ido a escuchar consejos sobre mis propias resoluciones, ni tampoco a pedir opiniones sobre la marcha de los asuntos de mi país; en todo caso estaba dispuesto a dar yo esas opiniones y así empecé a hacerlo; lo hice